de las pedradas de las azuteas fueron muchos heridos y dejaron ardiendo muchas casas para que desde las azuteas no recibiesen más daño. Los otros ejércitos en este mismo tiempo hicieron sus entradas y pelearon mucho y aunque estaban apartados unos de otros más de legua y media (que tanto por todas las partes se extendía la población de la ciudad), era tanta la gente de los enemigos, que acudían a todas partes, que parecía que todo el poder de el mundo estaba en cada una. Dejaron perdido los españoles esta vez el tiro grueso que habían sacado para ofender y desbaratar a los indios; con que quedaron los mexicanos en algo contentos.

Don Fernando, señor de Tetzcuco, reconociendo el bien que Fernando Cortés le había hecho en darle tan gran señorío, habiendo otros que tenían a él tan buen derecho, deseando poner buena voluntad a sus vasallos y a siete hermanos que tenía, les dijo que pues sabían que los mexicanos habían sido siempre tiranos, si le amaban, holgaría que tomasen por propria aquella guerra en favor de el invencible Cortés, pues su Dios le favorecía y le parecía que le había enviado de tan lejos para castigar los tiranos y vengar a ellos, de los agravios recibidos; y así esperaba que quedarían muy corridos los que no hubiesen acudido a Cortés, y muy contentos los que le hubiesen favorecido; y volviéndose a Cohuanacotzin, su mayor hermano, le dijo: tú serás el general de el ejército y le repartirás entre sus hermanos, pues eres ejercitado en la guerra y Cortés y los mexicanos entiendan el gran poder de Tetzcuco. Este hermano, que era de hasta veinte y seis años, respondió besándole las manos, por la merced que a todos hacía y ofreciendo de servir con muchas veras, juntó al ejército; salió con cincuenta mil hombres; fue muy valiente y con los treinta mil se fue a poner adonde estaba Cortés; los veinte mil repartió en los otros dos ejércitos y éste se bautizó después y se llamó también don Hernando.

CAPÍTULO XCII. *De las entradas que Fernando Cortés hacía en Mexico y el gran número de gente que tuvo en su ejército*

EMÁS DE EL REFERIDO SOCORRO que fue muy a propósito y que dio a los mexicanos mucha pena, con su ejemplo, fue otro de Xuchimilco, ciudad de la laguna, cuatro leguas de Mexico y de ciertos pueblos otomíes, que es gente serrana, con más de veinte mil hombres y mucha vitualla. Pareciendo pues a Cortés que los bergantines había amedrentado tanto las canoas, que no parecía ninguna, y que bastaba tener consigo los siete, envió tres a Sandoval y otros tantos a Alvarado, porque ya el ejército de Christóbal de Olid se había juntado con Cortés. Estos bergantines fueron muy necesarios en aquellas partes, porque hacían grandes presas de canoas, que entraban en la ciudad con vitualla y daban calor a los ejércitos. Llegada la gente de guerra, de los amigos, Fernando Cortés apercibió, así a los castellanos, como a los indios, para tomar de veras el combate de la

ciudad y dijo, que dentro de dos días lo pensaba comenzar. El tercero día, por la mañana, después de oída misa, salió de los cuarteles con veinte caballos, trescientos castellanos, mucho número de amigos y tres piezas de artillería, y a tres tiros de ballesta toparon con los enemigos, que aguardaban y recibieron los cristianos con gran grita y burla, confiados en su multitud, y en lo que de nuevo habían fortificado en aquellos tres días, aunque no faltaron escaramuzas. Peleábase por todas partes y los bergantines por los lados perseguían mucho los enemigos. El artillería hacía buenos efectos, porque como eran tantos los indios, no iba tiro en balde y así comenzaron a aflojar y con esto se ganó el fuerte y se pasó, siguiendo la victoria, hasta otra puente y trinchea que se ganó y otras muchas; y llegaron hasta una plaza, de donde Cortés no quiso pasar hasta que se cegasen los arroyos, para que los pasos estuviesen seguros en la retirada; y aunque más de diez mil indios entendían en ello, hubo que hacer hasta hora de vísperas, y entre tanto los castellanos y los otros indios peleaban, haciendo muy buenas suertes y los caballos alanceando infinitos. Ponían los mexicanos toda su confianza en las azuteas, de donde era grande la ofensa que hacían; y por esto el general tetzcucano dijo a Fernando Cortés que le serviría de poco lo que trabajaba, si no derribaba las azuteas, como las iba ganando. Acordó de tomar el consejo, aunque contra su voluntad, porque siempre quisiera llevar el negocio por bien. Mandó que se pusiese fuego a unos grandes palacios, que en aquella plaza había; quemóse también la casa de las aves de Motecuhzuma, que era muy hermosa y otras diversas cosas, que mucho sintieron, porque nunca pensaron, según la fortaleza de la ciudad, que fuerzas humanas llegaran tan adelante. Siendo ya hora, mandó Fernando Cortés que el ejército se retirase y entonces era cosa admirable la carga de los mexicanos, la rabia con que la daban, por el sentimiento de la quema de los más hermosos edificios de su ciudad; por la muerte de tantos de los suyos; por ver a los de Chalco, Xuchimilco, a los otomíes y otros pueblos, a quien ellos habían tenido por esclavos, pelear contra ellos, cosa que tenían por gran afrenta. También les daba pena oír a los tlaxcaltecas, mostrando los brazos y piernas de los muertos, que aquella noche cenarían de ellos y otro día almorzarían, como en efecto lo hacían. Acabóse de retirar el campo, sin que faltase ningún castellano y pocos indios. Alvarado y Sandoval también pelearon este día y así convenía, porque si toda la fuerza de Mexico cargara sobre una sola parte, fuera invencible; y en esto mostró Fernando Cortés su mucha prudencia y consideración que en todo lo que hacía tenía y así se engañaba pocas veces.

Volvió el día siguiente Fernando Cortés, por la misma orden y lugar y con la misma gente, contra los enemigos; y aunque madrugó, porque no volviesen a fortificar lo que había ganado, ya lo halló hecho mejor que antes y se peleó este día con más peligro y hasta dos horas después de mediodía, no se pudieron ganar, sino dos puentes y dos trincheas; porque para cada una era necesario que los castellanos se echasen a nado; y si los bergantines no ayudaran, tampoco esto aprovechara, ni aun con ellos bastara si no quemaran las casas, por el daño de las azuteas. Retiróse Cortés,

cargándole mucho los enemigos; y Alvarado y Sandoval, por su parte, también lo hicieron muy bien, culpando a Fernando Cortés por estas retiradas, queriendo muchos que se quedara en lo ganado por no volver tantas veces a ello. Respondía que no tenía fuerzas para sustentarlo y que se ponía en manifiesto peligro; pues estando en la ciudad a todas horas, le combatirían; aliende de que no pudiera quitar la vitualla a la ciudad, como lo hacía de donde estaba. Habían hasta este tiempo estado neutrales los pueblos de Itztapalapan, Huitzilopucho, Mexicatzinco y Mizquic y Cuitlahuac y los naturales de otros pueblos que estaban en la laguna dulce; y viendo, que las cosas de los cristianos caminaban prósperamente, se enviaron a ofrecer a Cortés. Él los recibió muy bien y pidió que enviasen sus canoas armadas para que anduviesen en compaña de los bergantines y que en ellas llevasen materiales para hacer casas, para el abrigo de la gente, en los cuarteles. Lo uno y lo otro hicieron de buena gana y con gran brevedad; y había a los dos lados de la calzada, en más trecho de cuatro tiros de ballesta, estancias, adonde cabían los castellanos, con más de dos mil indios de servicio porque los otros, que eran casi doscientos mil, se aposentaban en Coyohuacan, legua y media del campo. Llevaron también mantenimientos que fue de mucha ayuda; porque lo principal de que se sustentaban los castellanos eran cerezas, porque había muchas y duraban más tiempo que las de Castilla. No se hartaban de pescado, que tuvieron pocos días; y demás de la hambre con que peleaban, el sol y el frío no les dio pequeño trabajo. Visto que las muchas muertes de los mexicanos y el trabajo de la hambre que padecían no los atraía a la paz, determinó Fernando Cortés no dejar pasar día sin combatirlos; para esto mandó que cuatro bergantines, con la mitad de las canoas, que serían como mil y quinientas, fuesen por la una parte y que los otros, con la otra mitad, fuesen por la otra parte, corriendo alrededor de la ciudad, quemándola y haciendo todo el daño que pudiesen. Entró él mismo por la calle principal, hallóla toda desembarazada; pasó a la calle que va a salir a Tacuba, en que había algunas puentes. Ordenó que desde allí entrase por otra calle Alonso Dávila, con setenta castellanos; y que seis caballos fuesen por las espaldas, para asegurarlos y llevase doce mil indios consigo. Envió a Andrés de Tapia por otra calle, y con la gente que le quedaba siguió por la de Tacuba. Ganó tres puentes y las cegó y se volvió al cuartel. El otro día volvió Cortés a entrar en la ciudad, con fin de ganar toda la calle de Tacuba, para poderse comunicar con el real de Pedro de Alvarado. Ya en esta sazón andaban los mexicanos cansados de sufrir los asaltos que los castellanos les hacían y daños que les causaban; y por esto determinaron muchos de pasarse de la parte de Tenuchtitlan a la de Tlatelulco, que era en lo más interior y fuerte; y así se pasaron muchos con sus haciendas, mujeres y hijos, confiando en el valor de la gente de aquel barrio, que es de ánimo más arriscado y valiente. Así entraron en Tlatelulco los de Tenuchtitlan, con mucho sentimiento y sobra de suspiros y lágrimas. Los tlatelulcas, aunque siempre se querían mal estas dos familias, los recibieron en esta ocasión muy bien y con mucho amor, consolándolos en sus trabajos y prometiendo de favorecerlos, pues

a todos importaba su defensa. Y movidos de lástima que les causaron los nuevos huéspedes, se partieron muchos a ayudar en la defensa de Tenuchtitlan, dejando suficiente guarda de gente en sus presidios y guaridas. Y como este día se retiraron los mexicanos tanto en lo interior de la ciudad, pareció a los castellanos que tenían las tres partes de las cuàtro de la ciudad ganadas; y Alvarado y Sandoval también pelearon bien; ganaron muchas puentes, con poco daño; y se pasó tan dichosamente este día, que se persuadía Cortés a que los mexicanos pidieran paz, la cual procuraba cuanto podía, enviando recados al rey Quauhtemoc y haciendo otras diligencias.

CAPÍTULO XCIII. *Cómo se prosigue el cerco de Mexico y cosas que van sucediendo; y se dicen valentías particulares de indios con la traición que los chinampanecas hicieron a los mexicanos*

EDRO DE ALVARADO, como le parecía que andaba ganancioso, en las acometidas y entradas que hacía con su gente, movió su ejército de donde estaba alojado y vino contra los tlatelulcas, a los cuales halló a punto de guerra y bien apercibidos. Comenzaron a pelear, los unos contra los otros, reciamente, así por agua, como por tierra y pelearon todo el día, sin poder hacer volver paso atrás a los tlatelulcas, de la raya de su sitio; y viendo que la noche se venía y el poco fruto de la batalla, se retiró Alvarado con su gente a su puesto, muy descontento de no haber hecho nada; y el día siguiente no volvieron a pelear; pero entraron en consulta de lo que habían de hacer el día siguiente, para entrar en la pelea; y salió determinado de llevar consigo cinco bergantines de armada, los cuales pusieron en un lugar que se llamaba Nonohualco, donde ahora está una ermita de San Miguel, a la salida de todas las casas de esta parte de Tlatelulco, yendo a Tlacupa. Para valerse de ellos y de su artillería contra los enemigos, hecho esto salieron los de a pie por tierra y los de los bergantines por agua, en busca de los indios, entendiendo que los tlatelulcas les saldrían al encuentro de guerra y que los cogerían en medio y los destruirían. Pero los indios, que los vieron venir, se estuvieron quedos en sus puestos y lugares, aguardando que entraran más adentro los castellanos, para cogerlos en partes donde no pudiesen fácilmente desenvolverse y matarlos o prenderlos, como los castellanos pensaban hacer en ellos.

A esta coyuntura salió un indio valiente (que parecía otro gigante Goliat contra el pueblo de Israel) y, con una rodela en la mano y una cota de algodón vestida, se puso solo en medio de el campo, con tres piedras en las manos y, arremetiendo con una veloz carrera hacia el ejército de los españoles, tiró con mucha fuerza la piedra que tenía en la mano derecha y dio con ella a un castellano, con cuyo golpe dio en tierra, y arrojó las otras dos que llevaba y no erró tiro ninguno y con cada una derribó el suyo. Luego tras esto acudió la tropa de la demás gente y cargó sobre los